ya famosos negros costeños; reconstruyó las maestranzas de Coahuayutla, La Orilla y la de las montañas de Coalcomán, que subsistieron hasta la terminación de la guerra; de allí salían muchas armas y municiones para pertrechar a las fuerzas insurgentes; esta región era un verdadero baluarte de montañas inaccesibles, que proporcionaba seguridad al Caudillo Guerrero, y donde podía rehacerse de sus descalabros y descansar de las fatigas de la campaña, pues los realistas nunca lo persiguieron hasta esos lugares; sólo en una ocasión Armijo lo intentó bajando a La Orilla, pero sufrió muchas penalidades y estuvo a punto de perder la vida, pues le mataron el caballo que montaba y le causaron muchas bajas entre muertos y heridos.

Campaña de 1818, heroicamente dirigida por don Vicente Guerrero, con la eficaz colaboración de Izazaga.

Sobre esta campaña de 1818 debo decir que el denodado Caudillo Guerrero, secundado con acierto y entusiasmo por sus valientes e infatigables jefes Isidro Montesdeoca, Pablo Galeana, Juan Alvarez, Pedro Ascencio, Pablo Ocampo, el padre Izquierdo, Mongoy, Anzures, Frías, De la Rocha, Velázquez, Tavera y otros más, siempre conservó la ventaja, tanto en la defensa del terreno que dominaba, como en la ofensiva contra los realistas. De común acuerdo con las indicaciones del señor Izazaga, se estableció una serie de reductos fortificados y de lugares de refugio, así como de aprovisionamiento de guerra y boca; sus movimientos eran tan bien preparados y combinados, que cuando los realistas se apoderaban de algún lugar, lo encontraban completamente abandonado, se veían obligados a dejarlo luego; en su penosa retirada eran hostilizados por los insurgentes; además, el mal clima completaba la obra liberadora de éstos. Cabe mencionar también, que tanto el señor general en jefe Guerrero, como sus lugartenientes, eran muy queridos y respetados por todos los habitantes de esos lugares; trataban a los costeños con cariño, casi de manera patriarcal, y así,

siempre tenían en cada habitante de esta heroica zona un amigo, un soldado y un patriota que daba cuanto tenía para ayudar a la campaña.

En lo que se refiere a la reorganización del ejército, puede afirmarse que la disciplina de sus tropas era más sólida, la táctica más estudiada y bien comprendida, las operaciones iban siempre precedidas de servicios oportunos de exploración y espionaje en lugares ocupados por los realistas; todos los movimientos se desarrollaban por sorpresa; caían sobre el enemigo a grandes distancias y donde menos se les esperaba; en la defensa del terreno dominado, su situación era ventajosa y a cubierto del poder destructor de los realistas; sólo la traición de algunos malos elementos dio ocasión a sufrir contados reveses.

Izazaga, gran organizador, presta valiosa ayuda a los insurgentes de Nueva Galicia, Michoacán y Guanajuato.

De esta manera se operaba en la amplia zona que se extiende desde Coahuayutla hasta las Mixtecas; con esa sorprendente actividad que desplegaba el señor Izazaga, se dedicó a impulsar a las tropas de don Gordiano Guzmán, en la Nueva Galicia, y a las de Bedolla y Huerta, en Michoacán, así como a las partidas de otros comandantes insurgentes que recorrían esas provincias y las de Guanajuato, dándoles atinados consejos sobre disciplina y sobre la táctica que debían de emplear en lo sucesivo.

Brillante campaña de don Gordiano Guzmán.

Con sus bien organizadas tropas, durante todo el año de 1818 el señor Guzmán fustigó a los realistas; realizó una campaña desconcertante para el enemigo, tocando puntos vulnerables, utilizando la sorpresa y las marchas largas. Por lo que se relaciona con la defensa para sostenerse en sus posesiones, combinó muy bien sus planes, que evitaron la sorpresa; con esta nueva forma de pelear ocasionó varias derrotas a los realistas y les produjo continuas zozobras en los lugares donde antes se creían seguros e intocables.

En el curso de esta campaña el señor Guzmán atacó a Tecalitlán y a Tuxpan, y sostuvo otros en-

cuentros con los realistas en haciendas y rancherías, donde varias veces desbarató sus destacamentos.

También en esta empresa se distinguió el coronel insurgente don Santiago González, quien sostuvo varios combates en Lagos y en los Altos de Ibarra, contra el jefe realista Ruvalcaba, feroz asesino que no sólo mataba insurgentes de las partidas armadas, sino también cobraba víctimas en los desgraciados habitantes de aquellas asoladas comarcas. Dentro del plan trazado, la campaña del Bajío fue sostenida por los jefes Arago, Borja y otros, quienes lucharon con la misma táctica de los de Nueva Galicia y Michoacán, y obtuvieron algunas victorias.

Ofensiva del realista Armijo y crueldades de éste.

El señor general Guerrero seguía sosteniendo la campaña con muchas probabilidades de vencer al enemigo; Armijo, por su parte, reforzaba su división con fuerzas numerosas que le fueron enviadas de México, en razón de que al virrey le urgía que se acabara con la insurrección del sur; en abril, el jefe realista atacó el campamento de San Gregorio, el cual tomó debido a la traición del comandante Ignacio Bermúdez y del capitán Luciano Calvo, a quienes después se fusiló. Armijo permaneció algunos días en ese lugar, fusiló a todos los prisioneros y a fines de mayo emprendió la marcha para Zacatula, que estaba defendida por don Isidro Montesdeoca, don Pablo Galeana, Mongoy, Alvarez y otros; los independientes ocupaban las trincheras levantadas desde ese lugar hasta La Orilla; el asedio duró varios días, durante los cuales los insurgentes pelearon con su acostumbrado valor, pero al fin se vieron obligados a retirarse porque las tropas del enemigo eran más numerosas.

Armijo determinó permanecer en esa comarca proscrita para las armas españolas, desde 1811, a fin de afirmar allí la dominación absolutista, pero el terrible clima vino en auxilio de los agu-

rridos insurgentes y lo obligó a salirse antes de que se le enfermara toda la tropa; inutilizó la artillería, incendió las poblaciones y rancherías y destruyó las siembras.

En su rápida retirada fue constantemente hostilizado por Montesdeoca y Mongoy, quienes en el ataque de Quirindal y Zencénguaro lo despojaron de casi todo el botín que había recogido en San Gregorio y Zacatula.

El señor Guerrero, a salvo de los ataques de Armijo, circunstancia favorable en el logro de la cual hasta la estación lluviosa le ayudó, permaneció durante algún tiempo en Coahuayutla, dedicado a instruir a sus soldados y a fundir cañones en la maestranza.

Estaba ocupado en estos trabajos cuando recibió aviso de que Armijo se dirigía a atacarlo, por lo que el 15 de septiembre, con cerca de mil hombres, decidió salir a su encuentro; lo derrotó en el pueblo de Tamo, le causó más de trescientas bajas entre muertos y heridos, le hizo muchos prisioneros, y le quitó todo el parque y equipajes que traía. El 30 del mismo mes lo volvió a derrotar en Zirándaro; el jefe realista perdió mucha gente y cerca de 500 fusiles, que fueron de gran utilidad a los insurgentes.

Alentado con tales triunfos y contando con cerca de 3,000 hombres sólo en esa región, resolvió incursionar por la orilla izquierda del Mexcala y, victorioso siempre, se apoderó de los puntos fortificados de Coyuca, Ajuchitán, Santa Fe y Tetela del Río; en la margen opuesta tomó Huetamo, Cutzamala, Tlachapa y Cuahulotitlán; combatió en más de veinte ocasiones en los últimos meses de 1818, y al principiar el año siguiente se consideró dueño absoluto de toda la zona sur, que comprendía desde Michoacán y Nueva Galicia hasta Colima.

Reveses de los insurgentes en el Bajío.

En 1819, la suerte les fue adversa a los intrépidos insurgentes del Bajío, pues el 3 de junio

1020001978

murió combatiendo con valor don Andrés Delgado, el famoso "Giro", quien se batió rodeado de enemigos, hasta caer lleno de heridas. En la sierra de Jalpa, el señor doctor Magos y el coronel don Miguel Borja riñeron varios combates con el jefe realista Casanova, en los primeros meses de ese año; fueron tan repetidas las derrotas de los realistas, que se acordó realizar una campaña en toda forma contra los insurgentes; con tal fin se movilizó al Brigadier don Melchor Alvarez, quien llevaba consigo entre otros indultados, a Epitacio Sánchez; tales individuos conocían bien el terreno y eran quienes más se ensañaban persiguiendo a los insurgentes; sin embargo, durante bastante tiempo no lograron atraparlos; se desquitaban devastando la comarca, incendiando las casas, y pasando por las armas a sus pacíficos habitantes; el capitán Guadalupe González fue el único militar que fusilaron.

Acosados materialmente por sus enemigos, el doctor Magos y otros ya no pudieron sostenerse, y se vieron obligados a indultarse; Borja cayó prisionero.

Sobre la manera de pelear de estos jefes independientes de Guanajuato, los jefes realistas reconocieron que tenían más alta disciplina, mejor organización y buena táctica militar, y que realizaban movimientos que los desconcertaban en sus operaciones.

Más derrotas en Michoacán.

En la provincia de Michoacán, el señor coronel don Juan Davis Bradburn, que tenía la misión de reorganizar y disciplinar a las tropas insurgentes y establecer cuarteles y maestranzas, fue atacado por más de mil quinientos hombres en las cañadas de Huango; debido al corto número de sus efectivos, pues él tendría unos ciento cincuenta hombres, quedó derrotado después de pelear con temeridad; logró salvarse con muy pocos de los suyos y dejó bastantes muertos y heridos; a los

que cayeron prisioneros se les fusiló sin piedad alguna.

En la misma provincia también sufrieron serios reveses Huerta y otros jefes; como resultado funesto de tales descalabros, se indultaron don Mariano Tercero, vocal de la Junta de Gobierno; don Juan Pablo Anaya, el padre Navarrete y el comandante Huerta; lo mismo hicieron en el Bajío Arago y Erdozáin y otros insurgentes de menos renombre.

Sin embargo, no todo era fracaso en el campo independiente: el tenaz e infatigable general en jefe don Vicente Guerrero, sostenía reñidos combates con Armijo, en los primeros meses de 1819, y don Pedro Ascencio, su eficaz lugarteniente, tenía acosados a los realistas. Ante los desastres de las partidas de Michoacán, el señor Guerrero se situó en los confines de esa provincia con el propósito de proteger a los insurgentes; desgraciadamente no pudo impedir que la Junta Gubernativa cayera en poder del enemigo, al ser atacada por sorpresa; fue fusilado el vocal Arreola, y este lamentable suceso originó que la guerra quedara sin dirección.

Don Vicente Guerrero sostiene una campaña de guerrillas, con suerte variable.

A pesar de todo, no se arredró el señor Guerrero y siguió peleando con valor como ya dijimos; su aguerrido comandante Ascencio, situado en Tlatlaya, contaba con un bien disciplinado cuerpo de más de mil hombres, que no daban descanso a los realistas, atacándolos en puntos muy distantes, donde menos se les esperaba; recibían instrucción militar casi a diario y hacían ejercicios de marchas a largas distancias, así se encontraban preparados para soportar toda fatiga y listos para pelear en cualquier momento.

El señor general Guerrero y sus fieles jefes retuvieron durante todo ese año el dominio de un extenso territorio enclavado desde la cuenca del Balsas hasta la Mixteca. La llegada de más fuerzas al mando del teniente coronel don José Anto-

nio Echávarri, que vinieron a reforzar la poderosa División de Armijo, en vista de que el virrey le había dado a éste todo lo que pedía, a fin de acabar lo más pronto posible con los insurgentes de esos lugares, desconcertó un poco al general Guerrero.

De improviso, Armijo cercó la posesión de Barrabás, le tomó por asalto y obligó al señor Guerrero a cruzar el Balsas y dirigirse a Michoacán; en el interior de esa provincia el general insurgente sostuvo reñidos combates con los realistas Barragán y don Pío María Ruiz; y a consecuencia de la derrota que sufrió en Agua Zarca, volvió a atravesar el río y entró en las tierras del sur, donde pronto pudo recobrarse de su descalabro.

Antiguos insurgentes y otros simpatizadores de la causa se incorporan a las fuerzas de Guerrero.

Creo interesante consignar en esta narración, el hecho de que desde finales de 1818, se advirtió en esta zona una gran concentración de individuos procedentes de diferentes lugares del virreinato; en su mayoría eran antiguos insurgentes, aventureros o personas ricas simpatizadoras de la causa, quienes perseguidos por el gobierno virreinal iban en busca de refugio a esa comarca, último baluarte de los heroicos luchadores de la Independencia. Todas estas personas fueron muy bien recibidas por los señores Guerrero, Izazaga y por los jefes y vecinos de la costa; muchas de ellas se incorporaron a las tropas, y otras a las maestranzas, y las más ilustradas e inteligentes fueron muy útiles con su consejo para conservar viva la llama de la guerra.

Desde mediados de 1819, se comenzó a notar la ausencia, tanto en Uruapan, como en el Rosario y Coahuayutla, del gran batallador señor licenciado Izazaga, pues no aparecía por ningún lugar y muy pocos sabían su paradero. En torno a su persona se hacían varias conjeturas; unos, lo suponían enfermo, oculto en las montañas de Coalcomán; otros afirmaban que andaba por el extranjero, y sus enemigos propalaban la especie

de que se había indultado y había salido del país. Lo cierto que se nos perdió de vista por mucho tiempo, y que tanto sus más allegados y amigos, como su familia, nada sabíamos de él.

Hazañas de Pedro Ascencio.

Mientras tanto, el señor general en jefe Guerrero, seguía firme en sus posesiones y, en 1820, resistió los fuertes ataques de Armijo; el valiente Ascencio, unido al padre don José Manuel Izquierdo, derrotó en marzo al jefe realista don Juan Rafols al atacar Tlatlaya, matándole más de cuatrocientos hombres. Los realistas, no conformes con este desastre, volvieron a la carga con tropas de refresco procedentes de Querétaro, Celaya y Toluca, pero nuevamente fueron derrotados en Cerromel; así dejaron descansar durante algún tiempo al intrépido insurgente, y éste, incansable, pudo exterminar a las partidas más cercanas y logró tomar la hacienda de los Luvianos, punto desde el cual los realistas lo hostilizaban con frecuencia.

Por este tiempo el señor Guerrero nombró su segundo jefe al Brigadier don José María Lobato; éste, en el mes de mayo, puso en grandes dificultades y serios apuros a las tropas de Armijo, atacándolas por todas partes con gran rapidez, y arrollando a los destacamentos, que por encontrarse dispersos en grandes distancias, no podían ser socorridos a tiempo.

El realista Armijo se ve obligado a renunciar, debido a sus frecuentes descalabros.

Impotente para dominar a los bravos insurgentes del sur y desalentado por tantas dificultades que le presentaba la campaña y por los continuos descalabros que sufría, así como por las reconvenciones que le hacía el virrey, Armijo se vio obligado a renunciar al mando de la Comandancia del Sur, cosa que sucedió en noviembre.

Entra en acción el traidor De Iturbide, designado por el virrey como sucesor de Armijo.

A fines de ese año, en su lugar fue nombrado don Agustín de Iturbide, uno de los primeros traidores que delataron la conspiración de Valladolid; fue sanguinario y feroz, y durante el tiempo